

PLUMA y LAPIZ

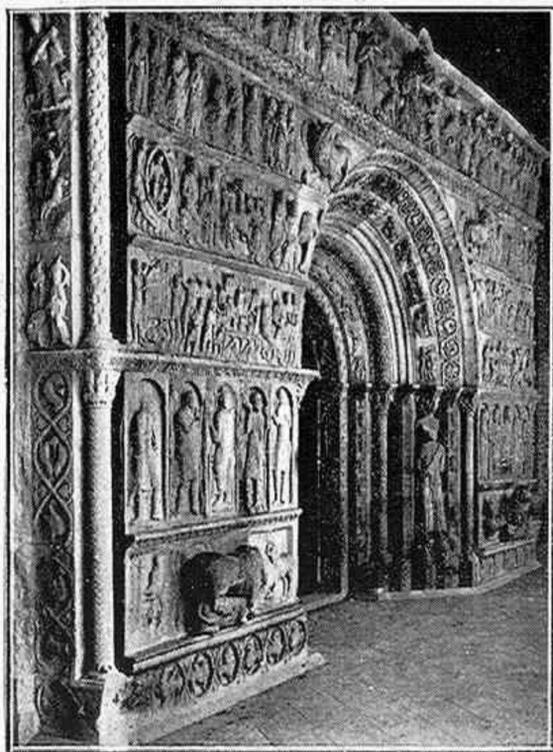


NÚM. 27

LEYENDAS Y TRADICIONES

(EL MONASTERIO DE RIPOLL)

ENTRE los actos de salvajismo á que se entregan inconscientemente las turbas, impulsadas y ofuscadas por los aficionados á pescar en río revuelto, pocos habrá tan censurables como el realizado en el funesto año 1835, al incendiar monumento de tanto valor artístico y tan alta significación histórica como el monasterio de Ripoll, llamado con razón «cuna de la nacionalidad catalana y panteón de los condes soberanos de Barcelona y Besalú».



ENTRADA AL MONASTERIO.

Fundado por Wifredo *el Velloso* en acción de gracias por haber expulsado de Cataluña á los moros, y solemnemente inaugurado en 888, subsistió sin reforma alguna hasta el siglo XI en que, el abad Oliva, estimándolo sobrado modesto, arrasó el templo y sobre sus cimientos levantó soberbia basílica que, con ligeras modificaciones hubo de subsistir hasta la infausta fecha en el anterior párrafo indicada. Consumió entonces el fuego multitud de códices de gran importancia que constituían el archivo del monasterio; destruyó mil preciosidades de imposible restauración; ocasionó el derrumbamiento de la bóveda del templo, de la torre del crucero y del ala N. del claustro; los incendiarios profanaron el sepulcro del conde Ramón Berenguer IV, apellidado *el Santo*, cuyos restos, que allí descansaban en paz desde hacía 700 años, desaparecieron... Y como los males que afligen al pueblo no se remediarán jamás con excesos vandálicos, aquéllos subsistieron y el daño causado á la religión y al arte hubiera sido totalmente irremediable, como en parte lo fué, de no haber ocupado la silla episcopal de Vich, varón de tantas prendas como el Doctor Morgades, recientemente fallecido, siendo prelado de Barcelona.

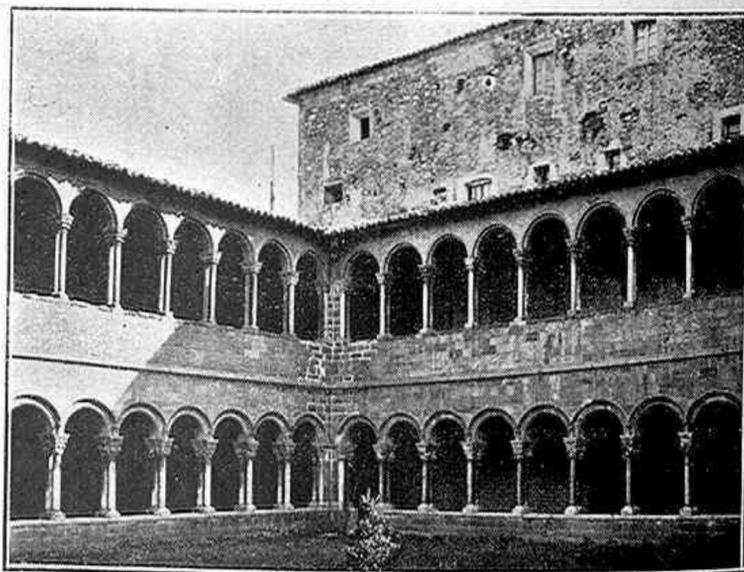
Cierto es que desde el año 1867 venían efectuándose algunas obras en el famoso monasterio, pero tenían éstas, más bien que

de restauración, el carácter de conservadoras de lo subsistente, y de todas maneras su lentitud y lo escaso de los recursos destinados á ellas hubieranlas hecho por completo ineficaces sin la poderosa iniciativa, la actividad y la inteligencia desplegadas por el insigne prelado y secundadas con loable acierto por el notable arquitecto don Elías Rogent, quien supo devolver al templo la forma que afectaba en el siglo XI.

Merced á ambos, comenzada en serio la restauración en 21 de de marzo de 1885, fué posible que siete años después se celebrara de nuevo, en el día 1.º de Julio de 1893, la consagración solemne del templo, con asistencia no sólo del obispo de Vich sino también de otros siete y de una inmensa muchedumbre, procedente de todos los puntos de Cataluña, que había sabido darse cuenta de la importancia del acto que se celebraba.

El permite hoy, á propios y extraños, admirar la soberbia portada de la iglesia, sin rival ni ejemplo, la imagen de la Virgen de Ripoll, regalada por S. S. León XIII y construída en los talleres del Vaticano con arreglo al cuadro enviado exprofeso por el distinguido pintor don Enrique Serra; los sepulcros de Wifredo *el Velloso*, de su hijo Rodolfo, de Berenguer III *el Grande*, del conde de Besalú, Bernardo Tallaferro, su hijo Guillermo *el Craso* y su nieto Bernardo, y de los abades Ramón y Bertrán Desbach, así como el cenotafio erigido á la memoria de Ramón Berenguer IV, en justo desagravio de la profanación y desaparición de sus restos, que más arriba hemos mencionado.

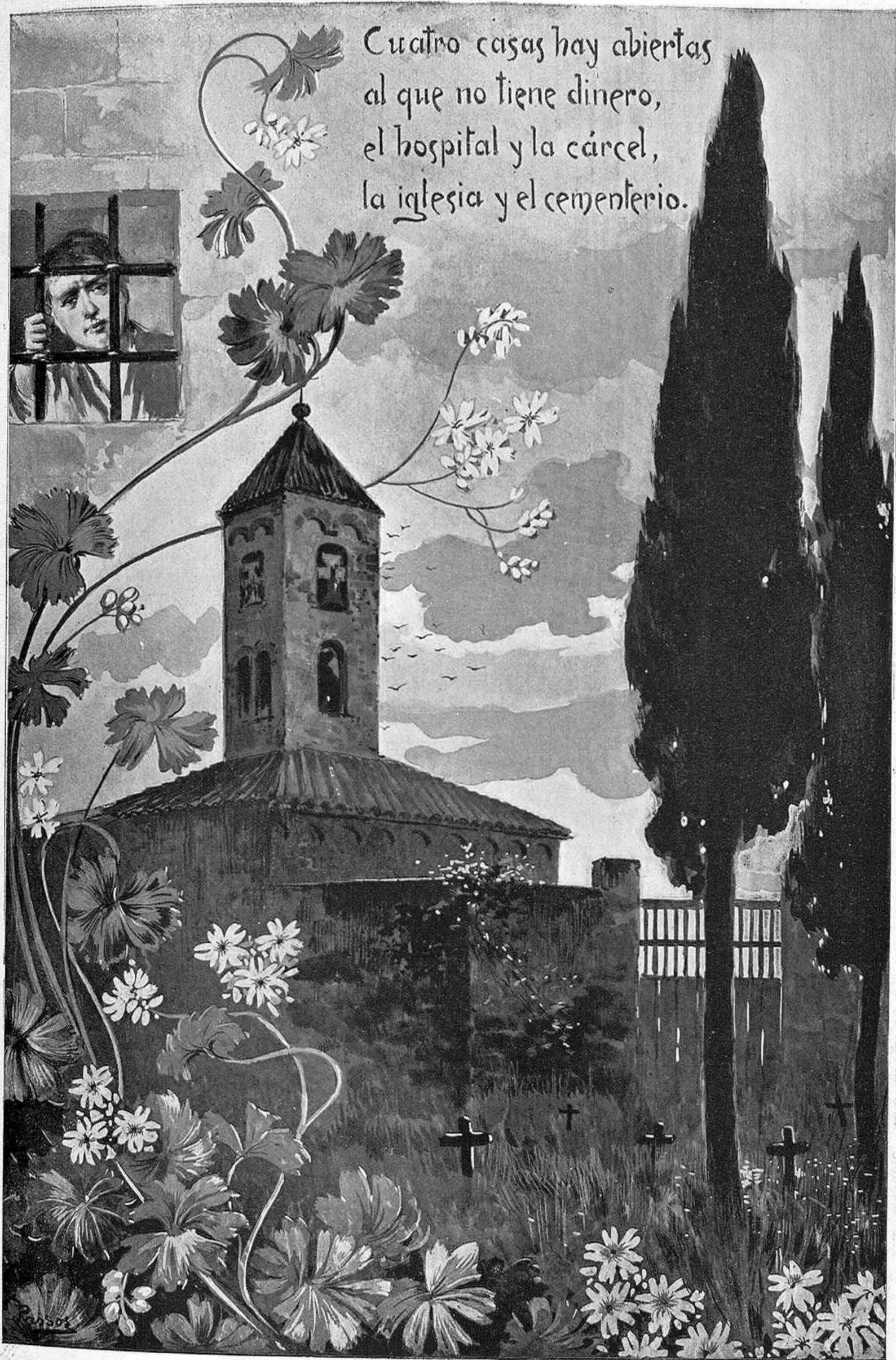
Libre Dios á nuestra España de nuevos trastornos, que harto necesitada está de paz y sosiego; mas, si hubieran de producirse, permita siquiera que sus autores demuestren menos destructores instintos y mejor criterio que los incendiarios de 1835, pues, dicho sea sin ofensa de nadie, no nacen todos los días arquitectos como el señor Rogent ni prelados como el Doctor Morgades.



CLAUSTRO.

Fotografías de Häuser y Menet.

EDUARDO BLASCO



CANTARES; por JOSÉ PASSOS.



GOLONDRINAS

LA Naturaleza resurgía, eterno fénix, tras largo y crudo invierno, con todas las galas y ornamentos que le otorgara la divina gracia del Supremo Hacedor. Las brumas que envolvían las montañas y los ribazos, las cañadas y los valles, los ríos y las lagunas, habíanlas dispersado los vigorosos rayos del sol primaveral. Rutilante el astro del día, complacíase en sus amores, besando á la madre Tierra, y la Tierra, despertando de triste embeleño, devolvíale, impetuosa, caricia por caricia; respondiendo, alborozada, al saludo de su esposo y bienhechor, correspondíale, amorosa, con los trinos de sus aves, los aromas de sus frutos y los vívidos colores de sus florestas. Cuando el poderoso luminar, satisfecho de su obra, mostrábase refulgente y la atmósfera, límpida y serena, teñíase de intenso azul y los insectos, recién salidos de sus agujeros revoloteaban, zumbando, en los cálices de las flores ó se arrastraban por pedregales y terruños; cuando el perdigón comenzaba á contar sus celos amorosos en tanto el hombre le acechaba, el arma presta, avizor el ojo, en pérvida espera, en el amañado y doloso puesto, y en las flores resbalaba la última gota de rocío; cuando las campanas bendecidas de los lugares y las no menos sagradas de las gañanías, tañían, convocando á la oración ó al trabajo; en este supremo instante, conjunción de una aurora maravillosa y de un día espléndido... surcaban el infinito piélago del éter, cuatro golondrinas, si frágiles, fuertes y vigorosas, con rumbo al abandonado nidal de antaño. Dos de ellas, eran de naturaleza morisca; las otras dos, eran de naturaleza andaluza. La una pareja, apenas llegada á la edad adulta y novicia en el viaje, volaba por aires de España, catequizada por su diestra y veterana compañera y, á pesar de que piaban quedo y volaban alto, pude oír el siguiente diálogo, mantenido por los varones de ambas parejas.

—¿Y siempre vas al mismo nido?—interrogó la novel golondrina morisca.

—Siempre al mismo lugar y á la misma casa, aunque no al mismo nido—replicó la veterana— pues solemos construir cada año uno nuevo, al lado del anterior. Las parejas jóvenes, de las cuales tú formas parte, han de formarlos á su arribo, necesariamente. Otras compañeras, limitáanse á rehacer ó reparar el interior de su antigua vivienda; pues aunque el hombre, generalmente, las respeta, el tiempo no, desmantelándolas, á veces, con su implacable destructora acción.

—Observo que es muy limitado el número de las que formamos esta expedición. ¿A qué obedece esto?

—¡Harto revelas con tu pregunta que eres novicia! Nosotras constituímos numerosísimos ejércitos. De ellos, ciertas falanges, llegan, en su viaje de regreso, hasta los países remotos del Cabo, á la India, hasta Ceilán y las islas de la Sonda. Su travesía, es, por consiguiente, más penosa y más lenta. Además, debo advertirte, que este viaje lo hacemos siempre en menguados destacamentos, casi *por familias*. La repatriación, el regreso, mejor dicho, ya verás, en su día, que se hace en bandadas tan extensas y compactas, que á veces nublan el sol. Tratándose de mí, la verdadera repatriación es ésta, por cuanto nací en un nido próximo al que he de ocupar antes de dos minutos, si Dios es servido de ello. Soy, en fin, golondrina andaluza. Por cierto que recibí el bautismo, quiero decir, que

me bañé por vez primera, en la tantas veces y tan tiernamente cantada *linda del Betis*; y, si no me engaña mi vista, el mismísimo Betis es aquel que diviso á dos revuelos de aquí... ¡Sí! ¡El es! Reforcemos el ímpetu; surquemos briosas este piélagos caridoso que nos sustenta; hendamos con nuestras aguzadas alas el aromoso ambiente; refrigeremos en las mansas ondas del Guadalquivir nuestro abrasado plumaje, y sobre la superficie de la abundosa corriente y en la floresta de las riberas encontraremos sabrosos manjares con que reponer nuestras fuerzas.

Almorzaron las viajeras con gran regocijo y, al remontar nuevamente el vuelo, dijo la golondrina andaluza á la neófita morisca:

—¿Ves aquella casita blanca que está desviada de otras que, agrupadas, forman el caserío de la villa que se asienta en aquel declivio del monte frontero? Pues en la biguería del sobrado de dicha casita, labré el nido donde nos posaremos antes de un minuto. Es la tal casa, un molino aceitero, vetusto edificio, habitado ha más de tres siglos, por una dinastía de molineros cristianos y laboriosos. ¡Cuánta alegría va á causar nuestra presencia á esa buena gente! Para ella, somos las golondrinas nuncio del buen tiempo, precursoras de la recolección, y nos acogen con mucho júbilo.

—Observo que se nos han anticipado otras compañeras—advirtió la novicia.—Allá veo revolotear, por encima del caserío, densa bandada de nuestras congéneres.

—En efecto, ellas son, mis compañeras de otros años.

Un momento después, uníanse á la bandada.

¡Cuál no sería la estupefacción de la aguerrida viajera, al ver á una pareja de bizarros gorriones posesionada de la vivienda y en actitud de defender á sangre y fuego la asaltada propiedad!

Atemorizada la africana golondrina, interrogaba, balbuciente, á su vieja amiga, en tanto que ésta, trémula de indignación y encendida en desapoderada ira, pero animosa y resuelta, puso la proa de su gentil navecilla, en rumbo á la bandada del lugar, murmurando frases de venganza.

Comunicada que fué á las compañeras la mala nueva de la expropiación que un intruso enemigo había cometido, del hogar sagrado de una camarada y deudo, alborotóse la grey; atronaron los aires gritos de guerra y, tras breves deliberaciones, personóse el ejército golondrinesco en masa *en el lugar del crimen*, conminando al usurpador al inmediato abandono de la vivienda asaltada, so pena de sufrir los más aflictivos castigos. Resistióse el brabucón gorrionzuelo y ante su contumaz rebeldía, decretóse por la agraviada asamblea, la inmediata aplicación de la pena merecida.

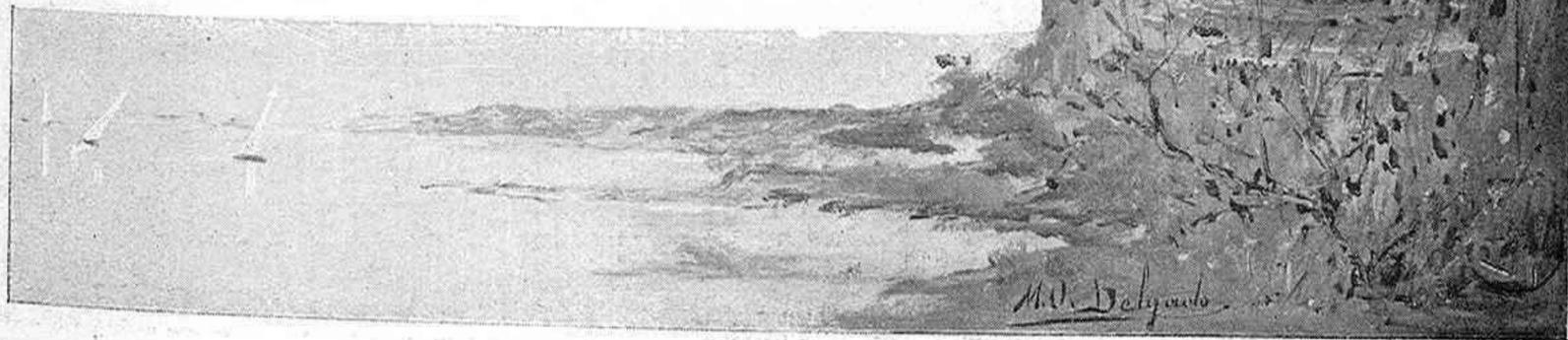
Atónita quedó la neófita golondrina, ante el espectáculo que se ofreció á su vista. Rápidas cual venablo disparado por diestro y robusto balletero, salieron las golondrinas al campo, y á poco volvieron trayendo en el pico un grumo de barro cementado con su propia saliba, igual al que usan para construir sus nidos, y diéronse tal traza que, en un abrir y cerrar de ojos, cerraron el nido usurpado, quedando los temerarios gorriones, ¡tapiados *ad vitam*!

Satisfecha y oronda la vieja golondrina andaluza, dijo con energía y marcial porte á la morisca compañera que se hallaba presa del más profundo estupor:

—¡Ya estoy vengada! Ahora, á formar los nuevos nidos. ¡Picos á la obra!

RAFAEL CHICHÓN

Ilustraciones de M. OBIOLS DELGADO.





ANTONIA ARRIETA (Fotografía Napoleón)
PEPITA SÁNCHEZ (Fotografía Loureano)

TERESITA CALVÓ (Fotografía Andouard)

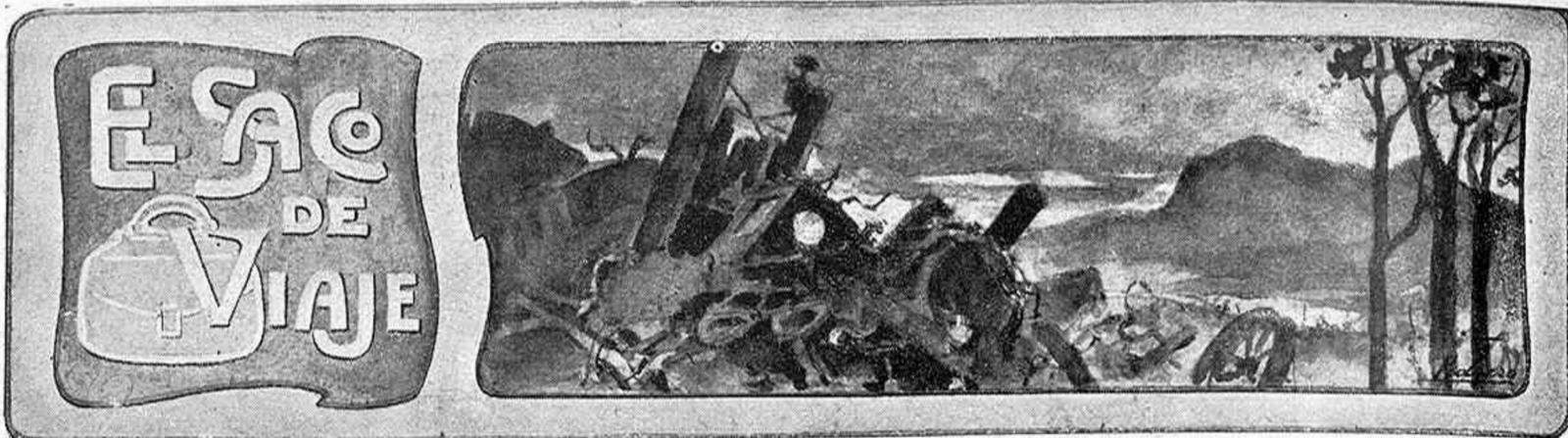
TEATRO
GRAN VÍA
TEMPORADA
de PRIMAVERA
de 1903
PRINCIPALES ARTISTAS
de la COMPAÑIA



Orlado por G. CAMPS.

VENTURA DE LA VEGA (Fotografía Esplugas)
JOSÉ M. BOLUMAR (Fotografía Martí Vivé)

VICENTE ROYO (Fotografía Esplugas)



ENTRE Burgos y Vitoria, á las once de la noche... ¡la catástrofe!

Descarrilamiento, muertos, heridos, gritos, lamentos, horrores... los vagones hechos pedazos y los viajeros lo mismo.

Al cabo de seis mortales horas, vinieron socorros, enterraron á los muertos, llevaron á Vitoria á los heridos...

Y entre éstos figuraba la célebre actriz francesa madame Morel, que había hecho una *tournee* por España y volvía á París.

Y lo primero que dijo al abrir los ojos y volver en sí fueron estas dos palabras:—¡Mi saco!

Desde aquel momento no hubo más ocupación en España, desde Madrid á Irún, que buscar el saco de las alhajas de la célebre cómica.

¡Como que el saco, según ella dijo, contenía toda su fortuna!

Lo de menos, para un francés ó francesa, es perder un miembro importante. ¡Lo que importa es el dinero! A mi señora Morel le amputaron dos dedos de la mano izquierda; pero ella repetía sin cesar:—¡Mi saco!

Y como había venido recomendada á personajes políticos y artísticos y literarios, y aquí, en viniendo un extranjero nos volvemos locos, sin perjuicio de que ellos al volver á su tierra nos pongan como guiñapos, todos los ex ministros que veraneaban por el Norte comenzaron á telegrafiar á Madrid, á la compañía del ferrocarril, á los gobernadores de las capitales de la línea.

«Ruégole busque saco célebre actriz.»

»Indispensable parezca saco madame Morel.»

«Telegráfieme si pareció saco.»

¡Dígole á ustedes que el saco de Roma no fué nada!

Y el fondista de Vitoria, que era un hombre muy listo, le dijo á la célebre comediante:

—Mire usted, señora, usted no conoce el país, aquí se cae un billete de cinco duros en un corro de caballeros, y antes de que llegue al suelo, se pierde.

—¡C'est épatant!

—Será todo lo *épatán* que usted quiera, pero es así. ¿Qué contenía el saco de usted?

—Mis alhajas.

—¿Valen mucho dinero?

—¡Mucho!

—Pues á los españoles hay que atraerlos por la dulzura y por el sentimiento. A usted le ha hecho el amor todo el mundo y dicen que no se ha rendido usted á nadie.

—¡A nadie!

—Bueno, pues ponga usted un anuncio en los periódicos, diciendo que al que le devuelva á usted el saco, le pondrá usted en el número de sus conquistadores. ¿Es una idea la que le doy á usted ó no?

—¡Es admirable!

Y se puso el anuncio en forma correcta en todos los periódicos de la Corte y de las ciudades ferroviarias.

Seguía la convalecencia lentamente. La actriz no pudo levantarse de la cama en veintidós días.

Y el primer día en que echó pie á tierra, recibió una carta perfumada que decía:

«Ha llegado al hotel el feliz mortal, con el saco. Cuarto número 19.»

Madame Morel se apresuró á ponerse buena. A los dos días se puso uno de esos peinadores de encaje que sólo pueden comprarse las actrices á la moda, y envió un recado al número 19, para que la persona que lo ocupaba tuviese la bondad de pasar á verla.

Se presentó un señorito muy elegante... con el saco de viaje en la mano.

—¡Este es! —exclamó la actriz, después de los saludos naturales en tales casos.

Lo abrió, lo inspeccionó... no faltaba nada.

Comieron juntos, el recién venido y la estrella famosa. Pasaron juntos ocho días. ¡Ocho días de felicidad, de amor internacional!

Y al día noveno, al despertar el dichoso mortal aquél, se encontró sobre la mesa de noche una cartita que decía:

«Tengo que salir de madrugada para París. He sido tan feliz contigo que deseo dejarte buen recuerdo. Te regalo el saco con todo lo que contenía y contiene. También te dejo la cuenta del hotel, que harás el favor de pagar. ¡Te adoro!

EVA.»

El señorito saltó de la cama, cogió el saco, le deslumbró el brillo de tanto brillante... ¿Qué iba á hacer con ellos? Se dirigió á la joyería más importante de Vitoria á ver si querían comprarle todo aquello... El joyero, sonriendo, le dijo:

—Toda esta riqueza vendrá á valer... unas mil pesetas.

La cuenta del hotel importaba dos mil quinientas trece.

EUSEBIO BLASCO

Ilustrado por MARIANO PEDRERO.



¿HAS VISTO AL REY?

Lo que le habían amolao al tío *Cascañueces* con esta preguntica, cuando estuvo en tierra de Castilla, no es pa dicho.

Se fué el hombre á Madrid, á tratar de que le mercasen las frutas que producía su huerto de Cariñena, y

pa lucirse en la Corte se vistió con los trapicos de cristianar; una faja más morada que las moras mismas, unos calzones y una chaqueta de pana, una capa de paño más recio que un fresno, que le llegaba á los talones; unas medicicas de algodón azul, de doble punto; unas albarcas con cintas de á palmo, coquetamente cruzadas y añudadas y un ancho sombrero de fieltro. A la legua le conocía to el mundo que era baturro, y aun más cuando comenzaba á hablar y echaba por aquella boca palabricas y palabricas de las que sólo se usan en su país.

Pue ser que no hubian visto nunca allí gente aragonesa del campo y les paicería á los madrileños que en el campo, en Aragón, sólo se hablaba del Monarca, pues ya estaba harto el tío *Cascañueces* de que en toas partes, pa burlarse de él, le preguntasen aquellos pijaitos: — Chiquio, ¡ridiós! ¿has visto al Rey?

¿No había é velo? Mucho que sí; pero allí, en la gran ciudá; que una de las cosas que habían entrao en sus cálculos al echase á viajar, era esa.

Y bien majo que le paició. Cuasi, cuasi que era una presona como las otras presonas, aunque más prencipal que las más prencipales y con más honores que ellas, pues á él le tocaban las trompetas cuando pasaba por ande había soldaos, y con otris no se hacía eso.

«¿Has visto al Rey? ¿Has visto al Rey?» Vaya que sí. ¿Pa qué se lo preguntaban?

Ganas le daban de emprendela á varazos con quienes le golviesen á hablar de eso; porque él tenía malas pulgas y en un dos por tres se amostazaba.

Regía por entonces los destinos de nuestra nación Don Amadeo I, el Rey, como es sabido, más democrático que ha habido en España, quien era aficionado á dar paseos á pie. Durante uno de ellos, en el Retiro, en una calle de árboles, entre una enramada, el de Cariñena se encontró frente á frente con un caballero que iba solo y que á él, Dios se lo perdonase, se le antojó que era el mesmo soberano en presona.

—No pué ser... que no pué ser, ¡ea! — se dijo. — ¿Cómo es posible que un presonaje de tantas campanillas se atreva á dir sin compañía?

¿Si será? ¿Si no será? Si al menos llevase la corona puesta, ó juese vestido de oro, pa distinguirse de los demás...

Pero, ¡quía! ¡que si quieres! no llevaba nenguna señal distintiva... Y el tío *Roña*, el de Escatrón, icía que las presonas riales llevan la chaqueta llena é cruces y medallas... ¡Valiente embustero era el tío *Roña*!

—Si juera... porque to pue ser en el mundo, — prosiguió pensando, — pus yo no me quedo sin averigualo. — Echó á andar tras él, y cuando consiguió estar á su lao, — Güenas tardes, señor. ¿Es usté el Amadeo?

—Servidor de usted.

—En el nombre del Padre... ¿Y ande va tan solico, rial majestá?

En diciendo que dijo esto, se arrodilló.

Don Amadeo, con aquella bondad que tanto le enaltecía, hizole levantar y dignóse pasear con él durante algunos minutos, hasta que al llegar á un recodo se unió á varios caballeros que le esperaban, y le saludó.

—Ya sabe su majestá rial—dijo el paeto como despedida, tendiéndole su ancha y callosa mano,—que en mí tié usté un amigo pa lo que se le ofrezga y que pué contar con mí en Cariñena. Conque vaya, abur.

Dos días después paseaba el tío *Cascañueces* por la Plazuela de Oriente, en ocasión de que varios granujillas se reían de él y le preguntaban, mofándose, lo de siempre:

—Chiquio, ¡ridiós! ¿Has visto al Rey?

En esto acertó á pasar la carroza real. Iba en ella Don Amadeo.

El tío *Cascañueces* se plantó de un salto ante los caballos y el cochero se vió obligado á detenerlos, para evitar una desgracia.

—Pare un momento, señor Amadeo, — gritó el baturro. — ¿Quié usté icirlos á esos si yo le he visto al guna vez?

El monarca movió afirmativamente la cabeza.

—¿Lo estáis viendo, pigres, más que pigres? ¿Veis como sí he visto al Rey? El mismo lo ice. Pa que no volváis á preguntámelo.

JULIO VÍCTOR TOMEY



PASATIEMPOS

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS

V R D S oS

N Roti N
31
lunes martes

JUAN TALLADA.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 0 — Casa donde se arreglan paños.
- 4 9 3 1 5 8 7 6 5 — Oficio.
- 1 5 3 4 7 8 2 0 — Dicho necio.
- 0 3 1 5 3 9 0 — Nombre de mujer.
- 4 5 6 7 0 8 — Verbo en infinitivo.
- 1 5 8 7 5 — Arte.
- 6 2 4 0 — Nombre de mujer.
- 0 6 5 — Juego.
- 8 7 — Nota musical.
- 9 — Vocal.

RAMÓN BOTELLA.

JEROGLÍFICO



FRASE HECHA



PROBLEMA

Hallar la edad de un padre y la de su hijo, sabiendo, que el duplo y la mitad de la del primero suman el quintuplo de la del segundo, y que sumando la edad de los dos dan por suma 06.

E. P. I. L.

SOLUCIONES A LOS DEL NÚMERO 25.

Jeroglífico comprimido.—Retrasar.

Combinación de metales.—

PLATINO
COBALTO
NIQUEL
ALUMINIO
PLATA
LYTIO
PLOMO
MAGNESIO
POTASIO
TALIO
ZINC

Fuga de consonantes.—

Yo no sé que tienen madre
las flores del camposanto
que cuando las mueve el viento,
parece que están llorando.

Jeroglífico.—Clima.

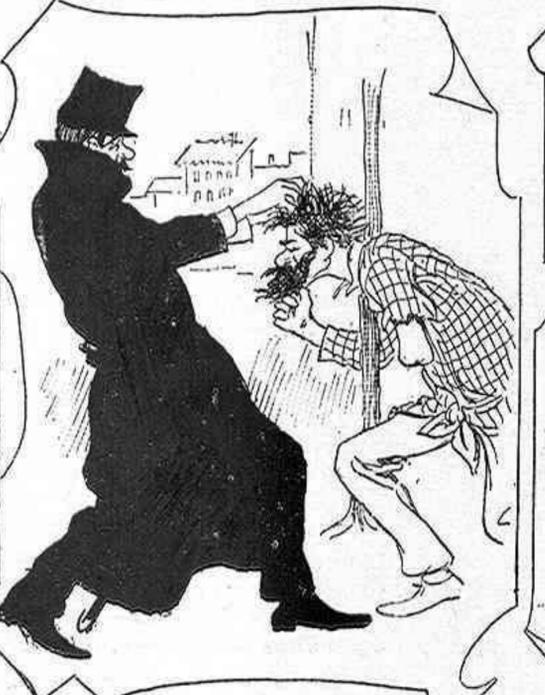
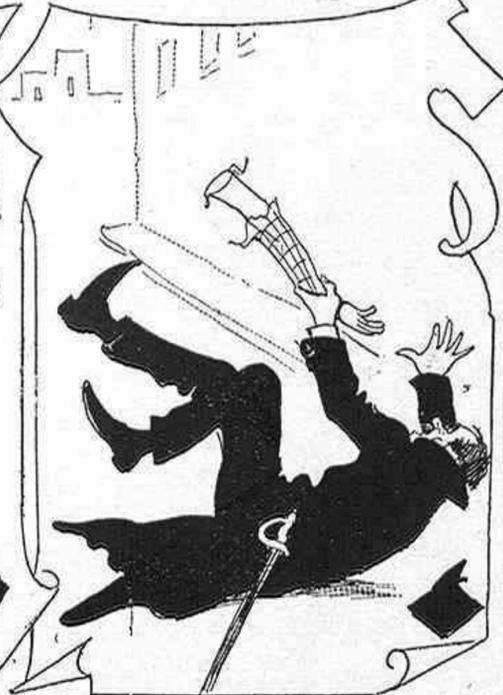
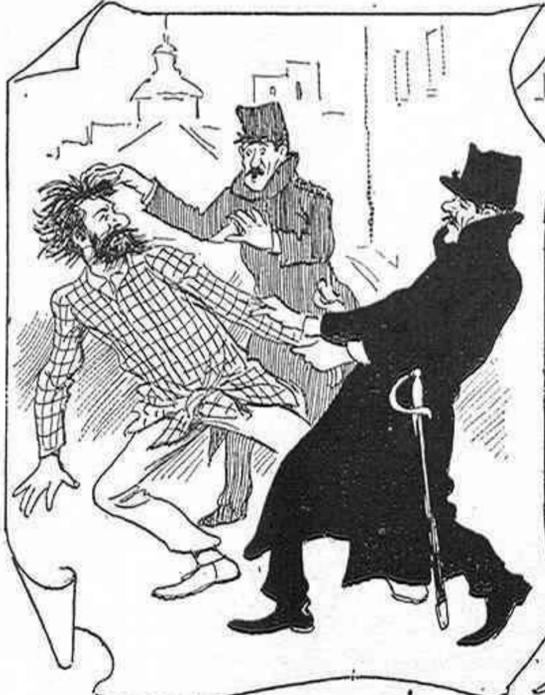
Charada.—Goleta.

Aritmógrama.—

quinCe	15
seIs	6
noventa	90
once	11
setenta	70
Ocho	8
100 mitad de	200

Nota.—No se devolverán los originales, aunque dejen de utilizarse.

UN RATERO INGENIOSO



Historieta muda; por T. GASCÓN.



SERIE I.ª

Cartel anunciador de las «Pastillas Morelló». — Barcelona.